

San Enrique de Ossó

Ángel Rubio Castro
Obispo de Segovia

**Homilía pronunciada el 27 de enero
en las Jornadas de Delegados de Catequesis 2009,
memoria de san Enrique de Ossó**

En el año 1997, en el primer centenario de la muerte del sacerdote español san Enrique de Ossó, canonizado por el papa Juan Pablo II en Madrid, en junio de 1993, siendo el cardenal Marcelo Martín Arzobispo Emérito de Toledo, solicitó a la Conferencia Episcopal Española la oportunidad de proponer a san Enrique de Ossó como patrono de los catequistas españoles. Así le fue concedido.

Entre las razones que aducía D. Marcelo para este título era su apostolado catequético siendo seminarista y después sacerdote en la ciudad de Tortosa en el suburbio de mayor incredulidad, donde desarrolló una labor catequética extraordinaria y cambió el ambiente de la sociedad de entonces. Su labor se extendió a otras muchas parroquias de esa zona de Cataluña y lo que le dio fama, incluso internacional, fue el libro *Guía Práctica del Catequista*.

Estaba convencido de que a través de la catequesis se podía regenerar el mundo. Su afán era ganar a los mayores por medio de los pequeños. ¿Sabéis el cuento de una manzana?, escribe Enrique de Ossó:

Un día estaban deliberando muchos sabios para remediar los males que las costumbres poco buenas causaban en su país. Después de indicar varios proyectos, uno de los asistentes arrojó en medio de la reunión una manzana podrida y les preguntó:

- ¿Qué remedio tenéis para volver buena esta manzana?
- Ninguno, replicaron todos.

- Pues yo poseo un secreto infalible. Si sacamos la simiente y la sembramos, cultivando con mucho cuidado la planta, dentro de poco será un árbol que producirá maravillosos frutos. Por tanto, moraleja: *El futuro de la sociedad depende de la siembra. El futuro comienza en la infancia. La semilla de Vida eterna tarde o temprano renace.*

San Enrique interpreta la existencia humana desde una doble finalidad derivada de la compleja realidad del hombre: sobrenatural y social. La primera se refiere al destino último del hombre. La unión con Dios por Cristo. Pero desde el momento en que este destino sobrenatural del hombre se va conquistando día a día con el cumplimiento de los deberes del propio estado, a ella va indisolublemente unida la finalidad social. La catequesis contribuye, como ninguna otra acción eclesial, a lograr el hombre nuevo en el que se realiza como proyecto de vida este doble fin. De ahí que la auténtica renovación social depende, en gran parte, de la educación en la fe, y esta debe comenzar en la infancia.

Y en relación con la transmisión del mensaje, le interesa más que los niños vivan –practiquen– la fe, que el que estén instruidos en ella. Por supuesto que en ningún caso renuncia a los contenidos y a la instrucción, pero no es este el fin de la catequesis y es a la luz del fin, el modo de interpretarse. Los contenidos tienen que traducirse en actitudes. La instrucción es conocimiento intelectual y vivencial que el catequista ofrece a la mente y al corazón de los niños.

Si el catequista tuviera que reducir todos los catecismos a una sola pregunta, sería esta: ¿Quién es Jesucristo? Para responderla necesitaríamos muchas horas porque Cristo lo es todo. Sus palabras y sus obras nos descubren el sentido de la vida humana y nos invitan al seguimiento. Conocer y amar a Cristo Jesús es la meta a la que apuntan los conocimientos y las actitudes.

El proceso de configuración con Cristo tiene el punto de arranque en el Bautismo, mediante el cual participamos de su Muerte y su Resurrección. Muertos al pecado, nuestro vivir es un vivir para Dios en Cristo Jesús. Tiene suma importancia ser conscientes de la fuerza del Misterio pascual en nuestras vidas y asumir libre y comprometidamente la fe que profesamos en el Bautismo, sobre todo en los momentos más destacados del crecimiento cristiano.

En casi todos los libros que Ossó escribe para sus asociaciones incluye las promesas del bautismo. También a los catequistas les inculca esta



práctica sobre todo con motivo de la primera comunión. Es la explicitación de lo que deberá ser consigna de vida: ¡Viva Jesús, muera el pecado! El cristocentrismo en Ossó supone una progresiva conversión. La muerte al pecado no se produce en un instante, la identificación con Cristo no se alcanza repentinamente. Por eso conviene, en determinados momentos, renovar los deseos, volver a la fuente original y confesar de nuevo la fe en Jesucristo.

Llama poderosamente la atención la insistencia con la que se subraya que es el amor el que debe imperar en la relación educativa. Ciertamente la plenitud del cristiano es la caridad y no puede concebirse al apóstol y, por ende, al catequista, sin estar animado por la urgencia del mandamiento nuevo de Jesús.

Pero, generalmente, a lo largo de la historia, las formas de expresar el amor, sobre todo en el campo educativo, han sido distantes y revestidas de una autoridad a veces inflexible en la disciplina, la corrección y el castigo. Por la pedagogía del temor no se consigue más que el aborrecimiento de todo aquello que está relacionado con la enseñanza. Si a los niños se les trata con excesivo rigor, dejarán de asistir a catequesis e incluso se alejarán de la religión. La verdadera autoridad no es la que se impone por el poder y la fuerza, sino la que consigue la adhesión libre. Sólo el amor es capaz de provocar la entrega más absoluta de la persona.

Por eso es fundamental que el catequista o, en general, el educador, sea amado si quiere ser obedecido. La pedagogía del amor que enseña san Enrique está revestida de los sentimientos de Cristo y se manifiesta en el trato cordial, entrañable, conector de las limitaciones propias de cada temperamento, paciente, comprensivo... Donde mejor se expresa es en aquellas ocasiones en las que los catequizandos deben ser corregidos. Es entonces cuando el niño se siente amado profundamente, de modo que su error no crea una distancia en la relación, sino que es fuente de estímulo para rectificar la conducta. No es, por tanto, un amor permisivo, sino capaz de suscitar y desarrollar aquellas cualidades que cada niño ofrece para obrar el bien. La ternura será la característica de toda su pedagogía. San Enrique de Ossó es maestro de la ternura, lo que hoy llamamos pedagogía divina. Pedagogía y ternura, fruto de la Eucaristía –amor de los amores– que nos comunica vida, calor y movimiento afectivo en todos los miembros del Cuerpo de Cristo.